



Guinea Escribe



GUIN

EAE S

CRIBE

V CONCURSO DE RELATO CORTO
GUINEA ESCRIBE

V Concurso de relato corto //Guinea Escribe// septiembre 2020



www.ccebata.org
Facebook: CCE Bata
Twitter: @CCEBata

www.ccemalabo.es
Facebook: CCE Malabo
Twitter: @CCEMalabo

Derechos

- © **De esta edición:** Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
- © **De los textos:** sus autores
- © **De las imágenes:** sus propietarios

Créditos

Corrección de estilo: Filiberto Abeso Micha Monayong

Maquetación: CAPA Identidad Creativa

Coordinación: Cristina Quintillán Macías en Bata; Priscilla Llacza en Malabo

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA): <http://bibliotecadigital.aecid.es>

NIPO impreso: 109-20-064-0

NIPO en línea: 109-20-065-6

Catálogo General de Publicaciones Oficiales: <https://publicacionesoficiales.boe.es>

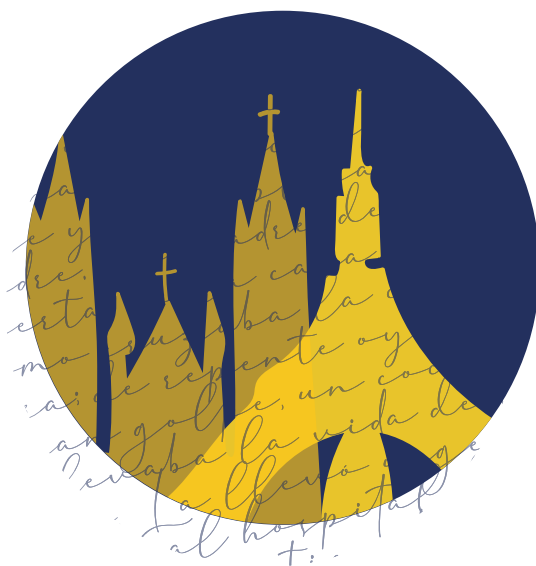
Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Nota previa

La Fundación Martínez Hermanos colabora y patrocina el Concurso de relato corto «Guinea Escribe» - Premio literario Fundación Martínez.

Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas. Entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

Edición no venal



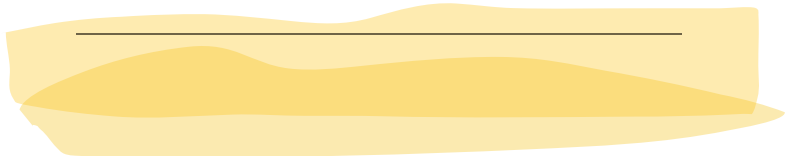
V CONCURSO DE RELATO CORTO
GUINEA ESCRIBE



CARLOS NVÓ OBAMA

//1964 · 2020//

IN MEMORIAM



PRÓLOGO



Se cumple un lustro del certamen de Relatos Cortos «Guinea Escribe» organizado por los Centros Culturales de España en Bata y Malabo con la inestimable colaboración de la Fundación Martínez Hermanos.

La V edición se ha celebrado en un marco excepcional de pandemia global, incertidumbre para el mundo de la cultura, un proceso de adaptación de los Centros, resiliencia, muchas ganas, reuniones telemáticas del jurado desde diferentes países y una presentación del libro en formato virtual con la ya mítica portada artesanal, siempre presente.

Y así, sin quererlo, la convocatoria, además de fomentar la creatividad escrita por la juventud del país, recoge creaciones de la comunidad nacidas del confinamiento. Durante estos meses, las letras,

si es que no lo han hecho siempre, han resultado un aliado clave para atravesar las paredes del encierro y aliviar emociones.

El ejemplar que se dispone a leer recopila las tres primeras piezas ganadoras del territorio insular y las tres primeras de la región continental.

ÍNDICE

RELATOS PREMIADOS EN LA REGION CONTINENTAL

LEYENDA DE LA DAMA DE BLANCO | REYES IRENE EFUA ABENG
PRIMER PREMIO

PÁGINA 11

EN AQUEL VIEJO MUELLE | MARÍA DEL PILAR OYANA NSE MANGUE
SEGUNDO PREMIO

PÁGINA 17

EL JOVEN CAMPESINO | MIGUEL NGONO MBA NTONGONO
TERCER PREMIO

PÁGINA 25

RELATOS PREMIADOS EN LA REGION INSULAR

EN MI AUSENCIA | ALFREDO JUNIOR RIEBA ABE
PRIMER PREMIO

PÁGINA 35

INFIERNO | FIDEL CRISTÓBAL NZENG NSUE ADÁ
SEGUNDO PREMIO

PÁGINA 45

CALLEJÓN SIN SALIDA | LEON SIDJUI TIENTCHEU
TERCER PREMIO

PÁGINA 55

LEYENDA DE LA DAMA DE BLANCO

REYES IRENE EFUA ABENG
PRIMER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL//



LEYENDA DE LA DAMA DE BLANCO

REYES IRENE EFUA ABENG

PRIMER PREMIO,

REGIÓN CONTINENTAL

Caminar es todo cuanto podía hacer para canalizar la ira, el dolor, la frustración y el cansancio que sentía su corazón. Cansancio... sí, estaba cansada por intentar vivir al día, mirar al frente y cobijarse en el mañana; aquella palabra que desde niña le infundía esperanza, pero, en este caso, no habría un mañana no por lo menos para su madre, no para el dolor que tenía atravesado en su pecho. No existía mañana alguno que pudiese borrar la pérdida que había sufrido, ni mañana que pudiese suprimir el odio o la repulsión que su presencia parecía producir.

Definitivamente, había llegado el fin para ella, no podía seguir adelante. Sola no. No sin su madre, y su madre ya no estaba. Volvió a recordarla postrada en una cama de bambú de aquella curandería, ese lugar terrible en que su vida llegó a su fin. Su madre no era una mujer hermosa, nunca lo había sido. Pero era

una gran persona con una personalidad fuerte y dinámica, lo que le costó una enemistad con todos en el pueblo que difundían rumores sobre su supuesta brujería y la culpaba de supuestas catástrofes que seguramente nada tendrían que ver con ella. En la curandería la cosa siguió igual, el curandero insistía en que ella debía hablar, confesar sus pecados porque era la única manera para poderse sanar. Pero, qué pecados, si ella no había hecho nada que no hubiesen hecho todos.

Así que, Sonia vio morir un poco cada día a su madre. Las medicinas y los envueltos no servían para nada; las duchas con hojas y trozos de madera menos. Entre tanto, ella suplicó a su padre que le sacara de ahí y le llevara a un hospital, pero él se limitaba a mirarla por encima del hombro e ignorarla como hacía siempre.

El odio o más bien el profundo asco que le tenía su padre rallaba lo normal. Nunca había soportado tenerla cerca, parecía como si ella fuese el mal encarnado. Su madre le decía que no era para tanto,

simplemente era porque él no se había acostumbrado a tener una hija albina. Sonia opinaba que quince años eran suficientes como para que un padre se encariñase con su hija. No entendía por qué la falta de pigmentación de su piel podía causar una reacción tan repulsiva a su progenitor.

Desde niña le había rechazado, a veces, llegaba a decir que no era su hija y que en su familia no había albinos y nunca los habría. Sonia pensaba de vez en cuando que era la razón por la que su padre se había vuelto a casar y había prácticamente abandonado a su primera esposa con el miedo de correr el riesgo de tener otro bebé albino correteando por el patio.

El trato que recibía del resto de miembros de la familia era casi igual. Vivía aislada, sola con su madre que se ocupaba casi plenamente de ella. Cuando ella se enfermó la cosa fue a peor; pues tuvo que depender de sí misma para sobrevivir y seguir cuidando de su moribunda madre. La única compasión que tuvo su padre fue llevarlas a aquella curandería y luego

abandonarlas prácticamente, sólo se dejaba caer ahí de vez en cuando.

Una mañana de esas se puso un vestido blanco, regalo que la trajo su madre de Gabón del último viaje que hizo. Aquella mañana se había levantado con ánimo y con fuerza para no tirar la toalla y seguir cuidando de su madre, llena de esperanzas renovadas para su pronta recuperación. Después de unas horas tenía manchado el vestido con suciedad. No sentía sus pies e intentó volver a casa a llevar la fatídica noticia que, seguramente, no le importará a nadie. Ahora tenía que pensar en qué haría sola.

Entonces una luz lo iluminó todo. Los faros de un coche enorme le irritaron los ojos con su intensa luz. En el camino no se había encontrado con ningún otro vehículo y se sorprendió; en ese momento su corazón dio un vuelco y su mente pensó lo peor, pero siguió caminando, no podía detenerse. De repente el coche corrió hacia ella a una velocidad vertiginosa. Aquella enormidad embistió contra su frágil cuerpo y algo hizo clic en su cabeza. Fue

como si alguien hubiese pulsado algún interruptor y apagara su vida.

El viento soplabla con tortuosa intensidad haciendo crujir las ramas de los árboles que se mecían al ritmo de su agitado vals. La vida estaba en silencio como si todo ente viviente lo hubiese de pronto abandonado en su fría oscuridad.

Pese al rugir del viento y al ruido del motor del coche, hacían un eco en la penumbra el acarreo cansado de unos pasos; uno y luego otro sonaban como el arrastre preciso del segundero de un reloj.

Una figuracaminabaenellindero de la polvorienta carretera con los hombros caídos y el rostro bañado en lágrimas. Vestida completamente de blanco y tenía el cuerpo cubierto de un aura blanca que lo iluminaba todo. Sus ojos eran de un color transparente; era como mirar un vaso repleto de agua cristalina. Su tez, toda ella era de un color

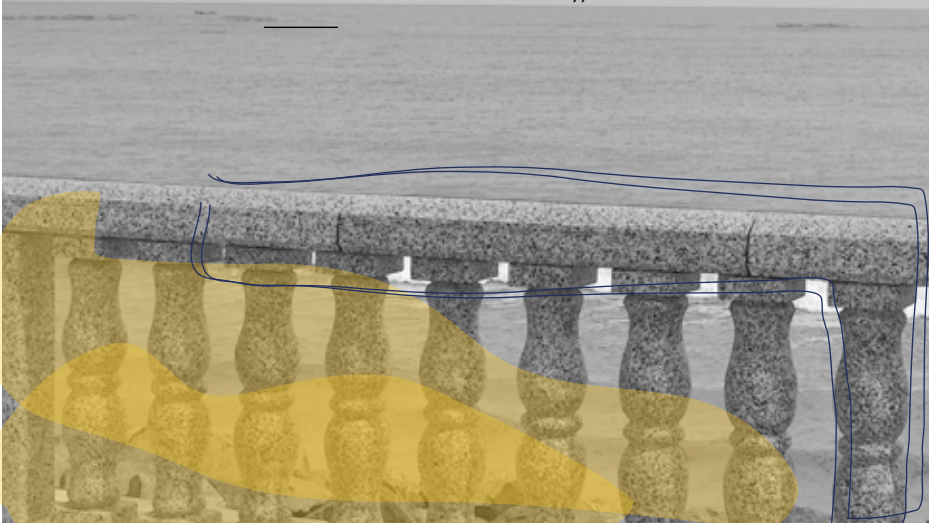
blanco fantasmal como la cera.

Yo la miré con asombro, con miedo. Había oído las historias y los rumores de un ser fantástico que habitaba las carreteras del interior del país, una dama de blanco que se llevaba las almas de conductores cansados. Los había oído, pero nunca pensé que me pasaría a mí y que me encontraría con ella; que moriría en aquella triste carretera a manos de un ser desalmado, en un accidente de carretera que luego las noticias dirían que había sido culpa del alcohol y el exceso de velocidad.

Claro que me había bebido un par de cervezas. Sólo dos y tres rondas de Saigón, tres a mil. Claro que venía con más velocidad de lo normal, pero en medio de una triste carretera del interior no esperaba encontrarme con un espectro... Y claro, como habría hecho en mi lugar cualquier persona sensata, me la llevé por delante. Era mi vida la que estaba en juego. ¿Y ahora me dice usted señor inspector que tan sólo era una niña? ¿Que he matado a una niña albina?

EN AQUEL VIEJO MUELLE

MARÍA DEL PILAR OYANA NSE MANGUE
SEGUNDO PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL//



EN AQUEL VIEJO MUELLE

MARÍA DEL PILAR OYANA NSE MANGUE

SEGUNDO PREMIO,

REGIÓN CONTINENTAL

Eran poco más de las cinco de la tarde, estaba a punto de caer el sol, y en el paseo marítimo se empezaba a notar un poco de vidilla. Yo me levanté del muelle que daba al mar donde me sentaba cada tarde a estudiar. Se dibujaba un paisaje naranja resultado de los rayos del sol del atardecer y el polvo que acostumbraba a haber en Bata. Disfrutaba mucho de aquellas vistas que parecían sacadas de esas postales que utilizan las tiendas para darle fondo a nuestras fotografías.

—¿Yasmina? —Me interrumpió una voz mientras caminaba.

Cuando miré, mis ojos se juntaron con los de una chica aproximadamente de mi edad. Habían pasado ocho años desde que Belinda y yo nos conocimos. En aquel entonces teníamos diez años; éramos dos niñas ilusas que tenían curiosidad por conocerse. Ella vivía a unas cuadras de mi casa y la playa se había convertido

automáticamente en nuestro lugar de encuentro, pues ahí pasábamos horas y horas jugando a todo lo que se les ocurriera a nuestras cabezas. Con el tiempo nos volvimos inseparables, y nuestras preocupaciones fueron pasando las mismas etapas que puede pasar gente de nuestra edad.

Después de un tiempo, mi madre encontró un trabajo mejor, y nos tuvimos que mudar a otro barrio, donde no me fue muy difícil adaptarme, pues en general era introvertida, y una parte de mí no necesitaba tener más amigos. No volví a ver a Belinda hasta ese día.

Las dos habíamos crecido bastante y nos habíamos convertido en dos mujeres con sueños propios, aunque hacía mucho que no nos veíamos. Para mí nada había cambiado. Sin pensarlo dos veces las dos nos fundimos en un cálido abrazo y volvieron a mi mente todos los recuerdos de mi infancia que se habían ido perdiendo cuando me fui de Asonga.

—¡No me puedo creer que eres tú! —dijo ella con una sonrisa

radiante en la cara.

Claro que estaba radiante. Tenía frente a mí a la chica más guapa que habían visto mis ojos. Belinda tenía la altura y talla perfecta de una chica de revista, se podía presentar en cualquier certamen de miss si quisiese.

—Mucho tiempo ¿eh? —respondí yo sin dar mucho crédito lo que estaba pasando.

En los últimos años había hecho nuevas amistades y empecé una vida nueva lejos de aquel barrio en el que se quedó mi infancia. En ese momento sentí alivio, no sabía exactamente porqué. Tal vez porque había sido una incomprendida toda mi vida, y tenía frente a mí, a la única persona con la que había podido ser yo misma.

—Pensé que no volvería a verte —añadió mientras me cogía de las manos—. ¿Por qué no me pasas tu número? —prosiguió.

Así es como volvimos a retomar el contacto.

Después de unas semanas, convertimos aquel muelle en

nuestro lugar de reunión. Nos quedábamos horas y horas charlando de nuestras vidas. En esas últimas semanas supe que a Belinda no le fueron tan bien las clases como me fueron a mí; supe que había tenido una vida bastante ajetreada y que también se había mudado como yo de casa en cinco ocasiones.

—Me alegra saber que no me he perdido mucho de tu vida —dijo rompiéndose a carcajadas.

Yo no tenía muchas aventuras que contar. Mi vida había sido la típica de una película aburrida, de la que no quieres saber el final.

—Pero me alegra saber también que estás centrada en algo importante que son las clases —prosiguió—. Dime, qué harás después de la selectividad.

Le conté lo que cualquier joven de dieciocho años puede desear después de acabar el bachillerato.

—Pues espero conseguir alguna de esas becas, ¿sabes?, esas que ofrece el gobierno para estudiar en el extranjero —le contesté.

—No, me refiero con tu vida — contestó ella con una sonrisa en la cara como si intentara sacarme un secreto al que me aferraba —. ¿No te gustaría por una vez en tu vida hacer lo que quieres y no lo que se espera de ti?

Belinda y yo teníamos conceptos muy diferentes sobre lo que pudiera significar libertad. Yo era feliz con ser aquella chica perfecta que nunca se metía en follones. Ella había sido durante toda su adolescencia una chica que rompía todas las reglas.

—¿Y tú? —le pregunté con verdadera curiosidad, aunque, en el fondo, lo que quería era que me contara una de sus surrealistas historias.

—Pues, yo espero pasarme la vida viajando. Está claro que lo de sacarme una carrera no es lo mío —dijo mientras se reía de sí misma—. Quiero ser libre y no tener ataduras de ningún tipo — añadió.

—¿Podemos hablar por una vez en serio? —le pregunté. Esta vez ya estaba cansada.

—¿Por qué crees que no estoy hablando en serio? — contraatacó ella.

En mi cabeza, no se podía vivir sin ataduras. Es una de las cosas que había aprendido.

—No es real —dije yo, tomando ya un tono más serio en la conversación.

—¿Y lo es querer pasarte la vida estudiando? —me preguntó.

—Esa es mi decisión, eso es lo que quiero hacer —señalé.

—Imagínatelo, qué es lo más atrevido que has querido hacer, venga dime. —insistió.

Por una parte, quería imaginarme una vida como la que estaba describiendo Belinda, por otra parte, seguía en mi testaruda postura de que eso no podía ser real. Estábamos esa tarde sentadas como de costumbre frente al mar. Belinda se levantó, y comenzó a quitarse la ropa.

—¿Qué haces loca? —dije yo entre susurro y grito para evitar

que cometiera una locura y que alguien la viera.

Belinda continuó su cometido y cuando se quedó completamente desnuda corrió hacia el mar. De lejos se veía su silueta, que se había fundido con los rayos de sol reflejados en el mar.

—¡Ven! No seas cobarde — sin duda era una invitación tentadora pero la idea de que alguien pudiera vernos me aterraba—. ¡Sé libre! —gritó de nuevo.

Entonces yo también me despojé de toda mi ropa y corrí a su encuentro. Su última llamada me hizo pensar en su idea de libertad, ¿y si haces por una vez lo que quieres y no lo que se espera de ti? Esa frase retumbaba en mi cabeza como un mantra, como un recordatorio de que disfrutara sin miedo las pequeñas cosas de la vida, que no tuviera miedo, que simplemente viviera. Claro, ¿qué podía pasar con que bailásemos al sol desnudas?

Aquella tarde iba a quedar grabada para siempre en mi

memoria. Belinda era todo lo que no quería ser, pero era también la persona que me animaba a ser todo lo que quería.

Después de varios días volví al muelle, esta vez no llegó tarde como era de costumbre, simplemente no llegó. Ni al día siguiente, ni al otro. La única persona con la que había hablado de mis sueños se había esfumado como el viento.

En varias ocasiones intenté ponerme en contacto con ella y no hubo ningún éxito. Volví a mí fatídica y aburrida vida como quien vuelve a su casa después del verano de su vida. En ese momento me sentí sola. La echaba de menos a ella y al mar.

Por alguna razón que desconozco, las puestas de sol se habían convertido en algo sagrado para nosotras. A Belinda le gustaba el mar. Era en ese muelle donde dábamos rienda suelta a nuestros sueños como los pájaros vuelan hacia su libertad.

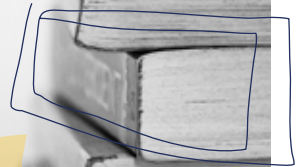
Yo estaba sentada en aquel mismo muelle, ahora sola, frente a esos rayos solares que

cubren el mar con un color naranja intenso. Después de varias semanas volví a ese lugar donde vi a Belinda por última vez. A mi mente vinieron todos los recuerdos que habíamos recogido durante nuestras cortas vidas y, en ese mismo momento, supe que Belinda se había ido con parte de mí, ya que también me hizo pensar en mí de otra forma. Ella era esa parte libre de mí que quería desnudarse y salir corriendo al mar.

De mis ojos bajaron dos lágrimas solitarias. Esta vez no eran de tristeza ni de soledad, era ella que me decía que estaba bien o, tal vez, fuera yo dejando morir esa parte muy viva de mi ser, intentando convencerme de que Belinda había sido real, que no era parte de mi imaginación que siempre había querido volar.

EL JOVEN CAMPESINO

MIGUEL NGONO MBA NTONGONO
TERCER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL//



EL JOVEN CAMPESINO
LEON SIDJUI TIENCHEU
TERCER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL

Vivía en un poblado de menos de cien habitantes del interior de la Región Continental de la República de Guinea Ecuatorial, un muchacho cuyo nombre forman las dos últimas sílabas de la última palabra del renglón anterior. Un joven cuya configuración física, tristemente, dejaba mucho que desear. Sin embargo, en lo que concernía a su capacidad intuitiva eran pocos los chicos de su misma edad que podían igualarle.

Introvertido, amable y respetuoso, vivía con sus padres en una vieja casa de madera sin más compartimentos en su interior que el cuarto de los padres y el espacio común. La casa tenía un tejado de nipas en el que cuando llovía penetraba el agua por los pequeños agujeros que lo invadían.

Chacho era un chico muy fuerte. Como la mayoría de los chicos del pueblo acompañaba a sus padres a la finca todos los días

después de clase. Le gustaba ir a la finca, lo disfrutaba al máximo. Se alegraba con solo imaginar la cantidad de frutas que se comería a lo largo del trayecto que separa la finca del pueblo. Cuando llegaba la temporada de chapear las fincas siempre acompañaba a su padre, le ayudaba y aprovechaba el momento para aprender a ser un buen campesino. Ayudaba igualmente a su madre a la hora de plantar a pesar de no ser, según las costumbres del pueblo, un trabajo de hombres. Pero a él no le importaba. Interpretaba que su madre necesitaba ayuda y él se la ofrecía sin vacilar. En la escuela era espectacular. Le tuvieron que adelantar el curso en dos ocasiones porque, según los maestros, parecía que el curso en que se encontraba le quedaba pequeño de vez en cuando. Consecuentemente, completó el periodo de enseñanza primaria con unos dos años menos que sus compañeros.

Pasaban los años y el joven crecía felizmente arropado con el cariño de sus padres, aprendiendo a ser un hombre mientras le insertaban sólidos

principios éticos en la conciencia.

Acabada la primaria, único nivel disponible en la escuela del pueblo, el joven vio atascado su progreso escolar. Pasó todo un curso académico sin asistir, pero le llegarían buenas noticias en verano de ese mismo año. Su tía, hermana de su padre, llegó al pueblo procedente de su destino laboral para efectuarles una visita durante las vacaciones de aquel verano.

La tía de Chacho, que no tenía hijos, tras enterarse de la situación del muchacho se ofreció a llevarle con ella cuando regresase a la ciudad donde ejecutaba sus labores y, de esa manera, podría avanzar al nivel siguiente de educación.

Los padres de Chacho no ofrecieron resistencia, al contrario, les cayó como maná del cielo la iniciativa de la hermana y cuñada, dada la precariedad económica y extrema pobreza material en la que vivían con su hijo en el pueblo. El tiempo pasó volando y Chacho viajó volando con su tía al otro lado del charco.

El muchacho nunca antes había visto más de tres coches rodando en un solo día y, además, en una carretera bien asfaltada. Quedó estupefacto ante el nuevo mundo que le rodeaba tan pronto como pisó el suelo de la ciudad de MAL. Antes de que esa fuese la ciudad que conocen los jóvenes hoy día. Aún le faltaba ABO, aún figuraba en el cartel del aeropuerto el texto «Aeropuerto de Santa Isabel» con baldosas rotas en el suelo de las cantinas y otros muchos desperfectos. Las calles todavía iban repletas de basura por todas partes. Nkandáng (hoy Santa María) seguía siendo la pesadilla de gran parte de los ciudadanos en esos momentos y la avenida Hassan II, la autovía Ela Nguema-aeropuerto o el paseo marítimo, apenas existían. No, aún no era Malabo, aún no era la ciudad que conocen hoy los chicos que tienen la misma edad de Chacho cuando llegó por primera vez a ella. Sin embargo, Chacho había oído hablar de Malabo, pero nunca imaginó que fuera algo, según él, tan espectacular.

Vivía con su tía en un chalet de bloques sin revocar en el

barrio de Caracolas. Por su personalidad introvertida tomó tiempo para hacer amigos, pero luego fue ganando la confianza e intimando con los vecinos a medida que pasaba el tiempo. Todas las semanas antes del comienzo del curso escolar Chacho se quedaba sentado en la terraza de su casa con el único propósito de contar todos los coches que veía pasar y conocer el número exacto que había en la ciudad. Como era de esperar, el joven se resignó, nunca jamás consiguió contar todos los coches de la ciudad y dio por hecho que en la ciudad había un número infinito de coches.

En los domingos cuando la gente iba o salía de la iglesia jugaba al complé (localizar trajes completos de vestido en los cuerpos de personas que cruzaban por ahí) con su amigo Nico con quien había intimado más. Nico tenía la misma edad de Chacho, vivían en el mismo barrio e iban a asistir en el mismo colegio, sólo que a diferencia de Chacho, Nico era de una familia acomodada.

Comenzaron las clases y Chacho empezó a lo grande.

Obtenía sobresalientes en casi todas las materias. A su tía le alegró que el chico se tomara en serio el colegio; le alegró que no se había visto afectado por el hecho de ser la ciudad algo nuevo para él. A Nico no le iba tan bien como a su amigo, pero tampoco suspendía.

Todo fue muy bien a lo largo del primer trimestre. A mediados del segundo la tía de Chacho perdió el empleo donde trabajaba de moza en una empresa de construcción y la crisis económica no tardó en visitar su hogar. Chacho, que se había acostumbrado a llevar en su mochila un bocadillo cuando se iba al cole, ahora se iba sin desayunar y pasaba el día en el colegio preguntándose si habría algo de comer en casa cuando regresase. Aquella crisis pronto se vio reflejada en sus notas y, de pronto, empezaban a moverse en dirección y sentido al origen de la recta de los números naturales.

Un día, durante la hora de recreación, se encontraba el joven sentado en una esquina del patio del colegio observando y controlando con la mayor

discreción posible un trocito de pan que se hallaba en reposo sobre el pavimento. Cuando creyó por un momento que nadie le prestaba atención salió con la rapidez del mismísimo flash y se hizo con el trocito de pan. Tras confirmar que nadie se había dado cuenta se lo comió rápidamente. Siguió con el juego durante un tiempo, ese juego que ahora le permitía mantener gramos de comida en el estómago.

Chacho se volvió más discreto de lo que era antes; ya no jugaba en los recreos e interactuaba con su amigo Nico cada vez menos. Se le notaba cierto grado de tristeza en su rostro constantemente. Nico no quiso preguntarle nada al respecto; decidió averiguar por su propia cuenta lo que estaba pasando a su amigo. No tardó en descubrir que se alimentaba de restos de comida recogidos directamente del suelo. Y al día siguiente se enteró de que hacía tiempo que ya casi no comía en su casa.

Nico decepcionado con la actitud de Chacho por no contarle que lo estaba pasando mal, se armó de coraje y le preguntó por qué

antes de pedirle ayuda como amigo prefería alimentarse de desechos. Chacho, sorprendido y muy avergonzado de que su amigo fuera consciente de todo lo que hacía durante los recreos, le respondió cabizbajo y sin alterarse: «es cuestión de orgullo».

Desde esa fecha Chacho renunció a la amistad con Nico motivado por la vergüenza. Todo fue diferente para él desde aquel entonces. Buscaba francos por todas partes todos los días después de clase. Empezó vendiendo agua fría en botellas de plástico. Probó con cargar agua en obras de construcción y acabó sacando un doctorado en la venta de ropa usada por las calles de la ciudad.

Al concluir el segundo trimestre no consiguió aprobar todas las materias. Ya no tenía tiempo para repasar y se fue convirtiendo poco a poco en el pilar de casa gracias a su aportación económica. El curso acabó y el chico aprobó milagrosamente.

Continuó con sus destajos a lo largo del verano temiendo

que su tía igual no le pagaría la matrícula del siguiente curso por deficiencia de francos. Al comienzo del curso ocurrió lo que se temía, tuvo que matricularse gracias a sus pequeños ahorros. Su tía seguía sin dar con una fuente de ingresos estable. Decidió probar con la venta de bocadillos en el centro donde asistía su sobrino. Funcionó el negocio y la situación en casa mejoró un poco.

A mediados del cuarto curso escolar en la capital, Chacho conoció la consola Sony Play Station. El joven perdió el juicio a causa de esta última. Le gustaba más que nada de este mundo sentarse y jugar al Pro Evolution Soccer. Disfrutaba jugando a la consola como lo haría un político mintiendo. No existía nada más en su mundo que la consola esa.

En clase, mientras el profesor explicaba los métodos de resolución de ecuaciones de segundo grado o las propiedades de elementos químicos alcanos, el muchacho sólo visualizaba lo que estaría haciendo tan pronto como saldría del cole. Gracias al dinero que ganaba en sus

destajos pagaba los minutos para jugar. Cuando salía de casa para el cole desviaba el camino y se dirigía a la sala de videojuegos. Se quedaba allá todo el tiempo que duraba la clase y después se colaba entre los alumnos que sí salían del cole cuando era la hora de salida.

Nico, que siempre mantenía un ojo sobre su examigo, se percató de lo que estaba haciendo Chacho y no vaciló en contárselo todo a su tía. Ella, a pesar de la decepción, decidió guardar silencio esperando que el joven mismo entrara en razón pronto, pero eso era mucho soñar. Terminó el curso y el sobrino suspendió todas las materias en la evaluación final.

Ante tal acontecimiento, la tía decidió tomar cartas en el asunto de inmediato. Sentó al muchacho y le habló con la serenidad típica de una anciana. Le dijo:

—Hijo, eres joven y es lógico que no entiendas ciertas cosas por la edad que posees. Pero te conozco, sé quién y qué eres capaz de entender y asimilar. En estos últimos años que

hemos estado viviendo juntos tengo la certeza de que he aprendido yo más de ti que tú de mí. A pesar de tu edad no has parado de darme lecciones de vida con las decisiones que has ido tomando estos últimos años a medida que nos hemos visto en aprieto. Serás menor que yo cronológicamente pero, posiblemente, mucho mayor que yo intelectualmente gracias a tu capacidad de razonamiento. Es precisamente ese razonamiento tuyo que, desde mi ángulo, parece estar comprometido ya y me conduce a decirte hoy estas palabras.

No es necesario que yo te recuerde el tipo de vida que nos ha tocado vivir a ambos por no poseer tus padres y yo un título de formación alguno, y tener restringida por lo tanto la opción de optar a un puesto de trabajo digno de tal nombre. No sé si te lo has planteado alguna vez, pero imagínate que de repente tienes un hijo, y ante la falta del poder adquisitivo te ves forzado a verle llorar de hambre todos los días sin poder hacer nada, sin poder cubrir sus necesidades más básicas. Sería una sensación bastante desagradable y te lo

digo por experiencia. Acabarías tratando de conseguir dinero como sea. El fin, tu fin o el de tu hijo, empezaría a justificar los medios. Esos medios, tarde o temprano, te llevarían a los medios de comunicación donde serías filmado como un vulgar delincuente. Irías a prisión y tu hijo crecería sin medios económicos y sin padre. Esas dos circunstancias cuando se cumplan en un niño, por lo general, ese acaba siendo un delincuente. Yo sé que no es la vida que te veías viviendo cuando años atrás visualizabas tu porvenir. Es por eso que, necesito que recapacites; que averigües hacia dónde te llevarían las decisiones que has ido tomado durante el pasado curso escolar. Cuando lo descubras sabrás exactamente lo que tienes que hacer.

Te quiero como hubiese querido al hijo que nunca tuve la suerte de tener y necesito verte convertido en una persona digna y respetada en la sociedad. De todos los regalos que pudieras hacerme a lo largo de nuestra coexistencia en este mundo, ese sería el mayor de todos.

Caían lágrimas en los ojos del chico incesantemente mientras su tía iba hablando. Desde esa fecha el joven se comprometió con su educación y jamás quiso volver a saber nada relacionado con los videojuegos. Enfadado consigo mismo, empezó a estudiar con más rigor y determinación.

Después de un tiempo, su tía se puso gravemente enferma y no podía seguir cuidando de él. Ante esa situación el muchacho tuvo que regresar a la región continental, concretamente en la ciudad de Bata donde se quedaría a vivir con la hija de su madrina. Esta alquilaba un barracón de madera con un solo cuarto en el barrio de Mbangán. Chacho dormía a la intemperie del comedor sin apenas protección contra los mosquitos, pero esa era ahora la menor de sus preocupaciones. Estaba decidido a salir adelante costara lo que costara. Empezó a trabajar de taxista cuando salía del cole y de esa manera ayudaba a su hermana a pagar el alquiler. Ella se quedó embarazada unos meses después de la llegada de Chacho y tuvo que marcharse al pueblo para dar a luz en manos

de su madre.

El joven se quedó solo, estudiando, pagando el alquiler y buscándose la vida. Quería salir del centro nacional donde asistía y matricularse en otro centro privado de reputación para acabar el bachillerato con buena base. Optó por el colegio La Salle de Lea. Se presentó al examen de acceso y suspendió. No estaba bien preparado. En su segundo intento lo consiguió por los pelos y se matriculó. Tenía planes de participar en las pruebas de selectividad que se llevaban a cabo en la UNED; ganar una de las becas que ofrecía la AECID a los aprobados con buena nota e ir a estudiar ingeniería de telecomunicaciones en España. Pero como si fuera una película trágica, la agencia cortaría el suministro de becas justo el año que terminaba el bachillerato. Se quedó así el joven abandonado a su suerte.

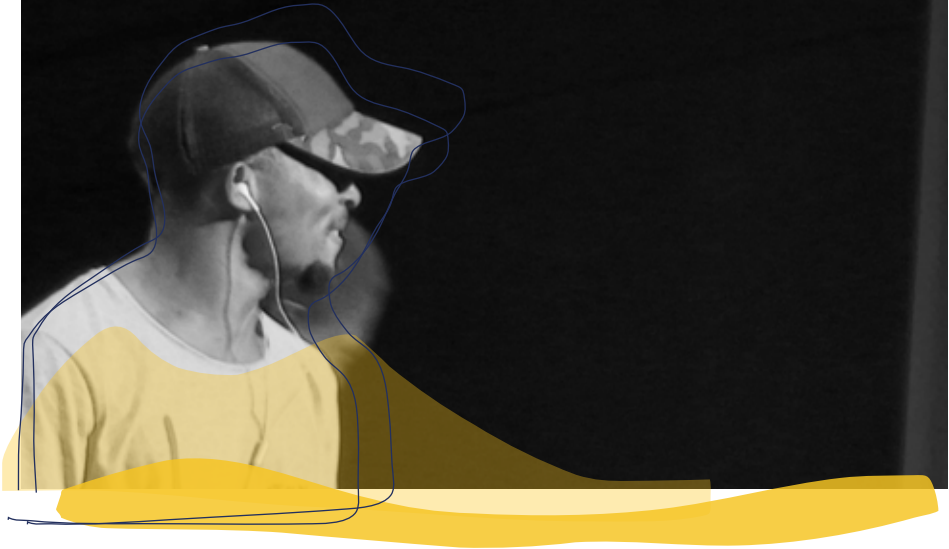
Desolado y al borde del colapso tras tanto esfuerzo derrochado fue, finalmente, a estudiar tecnología de hidrocarburos en la misma ciudad de Bata. Los tres años de formación le parecieron

tres siglos, pero terminó y obtuvo un sobresaliente en su calificación final.

Hoy en día es técnico superior en producción y procesamiento de hidrocarburos, habla tres idiomas y cobra lo suficiente como para dar una vida digna a sus padres, a su único hijo y a su tía que dio todo por él. El joven campesino es ahora un hombre, un ciudadano, el ciudadano que el destino nunca tuvo previsto.

EN MI AUSENCIA

ALFREDO JUNIOR RIEBA ABE
PRIMER PREMIO,
REGIÓN INSULAR//



EN MI AUSENCIA

ALFREDO JUNIOR RIEBA ABE

PRIMER PREMIO,
REGIÓN INSULAR

Aquella mañana se había oscurecido, de repente, todas las nubes parecían más enfurecidas de lo que me había percatado con destellos de los rayos que caían ese día y un suave olor al polvo que cargaba el viento tropical de la Isla de Bioko. Estaba absorto con la música que sonaba en mis enormes cascos rojos mientras miraba a mi alrededor.

Todo era distinto para mí. El lugar era el mismo que hacía nueve años cuando volé por primera, pero parecía otro, lleno de gente subiendo y bajando con sus chalecos reflectantes, o cargando su equipaje, haciendo cola para facturar mientras mantenían conversaciones banales y un tanto aburridas para mí, que luego continuarían fuera del edificio o en el interior de alguna de las enormes aeronaves que circulaban por una nueva y mejorada pista aérea.

Aspiré una gran bocanada de aire. Solo era otro chico de veintiséis años al que no le gustaba llamar la atención. Llevaba puestos los pantalones que me envió mi madre por año nuevo, unos jeans azules que combinaban con mi chaqueta de cuero negro y unas viejas botas de montaña que había tomado prestadas de mi hermanastro una semana atrás.

Por tercera vez desde que aterrizamos repetí Life for rent de Dido, me encantaba esa canción, estuve escuchándola mientras me dirigía al parking frontal del aeropuerto y, a su vez, me acordaba del sms que me había enviado mi tío Papuchín, el hermano menor de mi padre. Saqué mi viejo samsung galaxy s4 con la pantalla medio rota y le volví a echar un ojo al primer mensaje de la bandeja de entrada de los sms: -Tío Papú- lunes 13 de enero/23:05 -Hola sobrino, ven a Malabo cuanto antes. Tenemos desgracia, ha muerto tu papá.

Volví a guardar el teléfono y miré al frente. No me llevaba bien con mi padre desde que nos mandó a Annobón

a mi hermanastro Nando y a mí cuando ambos teníamos dieciocho para hacernos cargo de unos negocios que tenía en la isla. En ese mismo año me fui a España, a Murcia y corté el contacto con él y, a pesar de las broncas de mi madre, no volví a hablarme con él. Nando, en cambio, se quedó para hacerse cargo de todo, obviamente era mejor gerente que yo, que siempre andaba despistado. Mi padre era un hombre de lo más difícil y no es que se hubiese esforzado por ser un buen padre para sus hijos. Como buen bantú que era se aseguró darnos de comer cuatro veces al día, pagarnos una buena educación en el extranjero y poco más.

Me frustraba que siempre decidiera por nosotros sin preguntarnos siquiera. Juraría que podía oler a pólvora mientras me hablaba de espaldas sentado en su sillón fumándose su quinto pitillo de Bond Menthol mientras veía algún documental o las noticias. Pero ahora se había ido, la figura de su sombra se desvaneció frente a mí en cuanto leí el mensaje por quinta vez, estaba muerto.

Y ahí estaba yo. Unos días más tarde caminando por aquel agitado aeropuerto con la compañía de mis cinco pequeñas maletas casi llenas y una bolsa de viaje repleta de libros que me había regalado mi colega de la universidad de Murcia, Santiago Salas Segorbe. Prácticamente me lo traje todo. Iba a quedarme una larga temporada. De tanto pensar me resbalé en el arcén mojado y de la bolsa se me cayó un libro que fue recogido rápidamente por la mano segura de un chico que podía pasar por veinteañero pero se le notaba la adolescencia en los ojos que guardaba detrás de unos lentes negros. No le di importancia, pero sí las gracias.

—Así que Estanislao Medina eh —dijo observando la cubierta del libro que había recogido, un ejemplar usado de Barlok.

—Claro. Me gusta la expresividad con que escribe sus libros, es como si la calle hubiese ido a la universidad y hablase en la radio con un cigarro en la mano y la luz apagada.

—Buena elección, muy buena.
Siguió caminando en línea

recta, me levanté para volver a darle las gracias pero al mirar en la dirección a la que se iba no estaba; al mirar mi libro en mi mano tampoco estaba conmigo.

Me quité los cascos y revisé el interior de mi bolsa, el libro seguía dentro. No le di muchas vueltas, tenía una imaginación muy juguetona. Seguí caminando en dirección a la calle principal. A las afueras del aeropuerto el aire estaba más limpio y fresco, los árboles eran escasos por la zona pero el suelo estaba poblado de un césped muy salvaje que salía de los bordes e incluso brotaba por debajo de los adoquines del arcén.

Por lo visto, los taxis se pintaban ahora de blanco con unas bandas plateadas que me recordaron a los taxis españoles. Tras varios pitidos de coches semi llenos me recogió un taxista que accedió en llevarme a eso de las dos de la tarde. El vehículo estaba vacío, cosa que aprecié mucho y tras embutir mis cosas en su maletero, que por cierto apestaba a queroseno y aceite de motor usado de unas latas que habían tirado al fondo, me acomodé en el

asiento del copiloto mientras el motor del automóvil rugía de manera ruidosa y constante. Saludé al conductor pero no recibí respuesta alguna. Era un señor que estaba entre los cincuenta y la muerte, parecía estar recuperándose de su última borrachera; se le notaba un poco irritable pero apenas olía a alcohol. Llevaba puesta una camiseta de cincuenta aniversario de la independencia de color amarillo, apagado por el sudor que había formado mapas en su espalda y bajo sus axilas. Coloqué la bolsa entre mis piernas y las extendí hacia delante como pude; luego ajusté el asiento porque prácticamente mis rodillas rozaban la guantera.

—¿Agricultura no? Es tres mil eh —dijo en medio de un pequeño eructo.

—¡Kie! —respondí indignado— Si agricultura está aquí mismo, además yo tengo dos mil nada más, mira, —le mostré el único billete que llevaba guardado en el interior de la funda de mi móvil envuelto alrededor de mi DIP.

—¡Chico! ¿No lo podías decir

antes, por qué sois maleducados así? Mecáwendiez —quitó el freno de mano y el aparato se puso en marcha—, hay que hablar para que yo sepa, además ¿en qué parte de Agricultura?

—Un poco más arriba del Ministerio donde una camerunesa vende pan con aricó junto al centro profesional Everest, ahí cerca.

Según me decía mi madre cuando hablábamos, mamá Agnès seguía en el mismo puesto de siempre, pero abrieron el centro poco después de irnos nosotros. Era un lugar muy frecuentado por muchos jóvenes que, desesperados por haber reprobado la selectividad por tercera o cuarta vez, saciaban sus ganas de estudiar algunas formaciones que ofrecía el CFP. Muchos se inclinaban por Recursos Humanos, Administración, Idiomas o Informática. Quería disfrutar del aire que soplaba fuera, así que, bajé la ventanilla y, mientras terminaba de bajarla se atascó por la mitad.

En un abrir y cerrar de ojos estábamos dejando atrás el

aeropuerto. En las inmediaciones de la rotonda que daba al paseo marítimo recogió a una pareja, ambos parecían mayores que yo y, en efecto, lo eran. Una chica de unos treinta y pocos años con un vestido largo que le rozaba los tobillos y un hombre de unos cuarenta que llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros azules con unas chanclas sans confiance verdes. La chica era delgada pero con una figura notable, unos exuberantes pechos que atraían la atención de cualquiera que la mirase y alejaban las miradas hacia la cicatriz que tenía en la mandíbula izquierda. El señor, en cambio, era corpulento y de gran altura; en cuanto se subió al transporte sentimos el impacto de su cuerpo dejándose caer brutalmente sobre los asientos traseros.

—Santa María II, detrás de Ateneo junto al lavaje de coches —habló el hombre.

Se notaba la edad en su voz. Tenía una de esas voces varoniles que caracterizan a los hombres que ostentan cargos importantes en cualquier lugar donde la fuerza bruta equivale

al talento. Inmediatamente el conductor torció hacia la derecha entrando por la zona de las embajadas en caracolas. Estaba un poco enfadado porque casi habíamos llegado a mi destino pero en cuanto iba a mostrarle mi indignación al dirigente de aquel taxi, el señor de atrás comenzó a hablar por teléfono a viva voz como si no hubiese nadie más en el interior del coche. Hablaba en francés de una manera muy vulgar pero fluida. Pude enterarme toda la conversación, debía de estar hablando con su mujer porque cambió el tono y ahora sonaba más dulce y encantador. Exceptuando el hecho de que había dicho «cariño» varias veces.

—Sí bebé, sigo en la oficina. Casi no ha venido nadie. Claro, mi amor yo también te quiero mucho, ¿cuánto? Te quiero muchísimo, sí. Yo también te echo de menos. ¿Qué tal todo por ahí, Chantale te ha dado los cincuenta mil que te he mandado para la comida de esta semana?, sí cariño, gracias, de nada cariño. Vale, debo colgar, voy a seguir trabajando; saludos a todos desde Malabo.

Te llamo mañana, mi WhatsApp ya no va, buscaré a un chaval del barrio para que me lo arregle, —hizo una pausa luego siguió hablando— vale. Te mandaré aunque de cinco mil a tu sim de Orange, hasta mañana. Te quiero bebé, —se quitó el teléfono de la oreja y pude apreciar que era uno de esos Gota.

Me puse los cascos pero estaban apagados. Quería enterarme de todo.

—Hey granfren, mayor, ya hemos llegado— le interrumpió el taxista. En efecto, estábamos detrás del colegio Ateneo, desde lejos se apreciaban las grandes letras negras pintadas sobre un edificio de color ocre que se alzaba en medio de un cementerio de automóviles. La chica abrió la boca por primera vez desde que se subieron, debía de ser de un país del África francófona porque noté que tenía un acento francés.

—¿Quién era, tú mujer? — parecía estar burlándose al hacer la pregunta porque soltó una pequeña risa al final.

—Sí, —el caballero se inclinó

hacia la derecha para extraer su billetera del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Espera, ¿ella sí que te llamaba mientras estábamos en la cama?

Él respondió que sí con la cabeza mientras le entregaba al conductor un brillante billete de cinco mil francos que había quitado de entre el fajo que había en uno de los compartimentos de su cartera. Esperó el cambio, se lo guardó en el bolsillo de su impoluta camiseta y se dispuso a salir del coche. Su amante salió por la otra puerta que daba a la calle rápidamente, aprovechando que no venía otro coche en sentido contrario. En cuanto se bajaron los dos el taxi se puso en marcha de nuevo en línea recta. Los vi por última vez metiéndose en una casa vallada que había cerca de la farmacia Farmatural de la zona y los perdí.

Circulamos por las pequeñas callejuelas de Santa María II hasta llegar a la autopista de 3 de Agosto y bajamos por Rey Malabo en dirección a la UNGE. Llegamos al semáforo que estaba antes del campus de la Universidad y el coche se

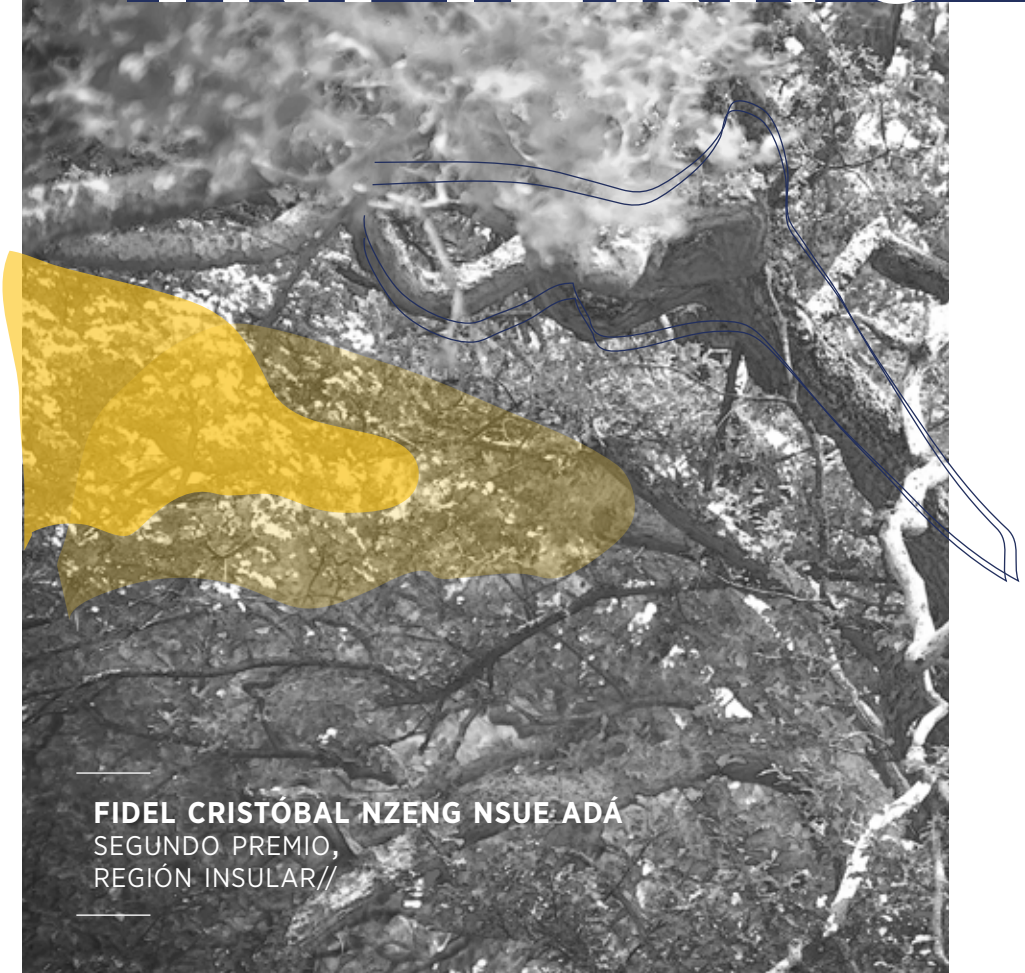
detuvo porque estaba en rojo. Me sentía un poco identificado con la situación de hacía un momento, ya que mi recién fallecido padre era igual en sus años de gloria y vacas gordas antes de que le diagnosticaran el VIH cinco años atrás. Me pareció un castigo divino, justicia por así decirlo. Después de todo le fue infiel a mi madre en innumerables ocasiones. Me sentí muy mal pensando en la mujer del teléfono; sus sentimientos eran sinceros igual que los de mi madre que a pesar de haberse casado a la fuerza con tan sólo dieciséis años, se enamoró del imbécil de mi viejo. Ella por haber crecido en un hogar cristiano y rebosante de amor y buenas vibras le habían convertido en una mujer inocente, pacífica y demasiado confiada de las personas. Al contrario que yo, mi madre creía que las personas podían cambiar. Esperó el cambio de mi padre hasta el día de su muerte y, el muy cabrón no pudo darle el gusto. De tanto pensar ni me di cuenta que habíamos llegado. Después de tanto discutir por los dos mil que tenía y los tres mil que debía pagar, no me cobró; hasta hoy no sé por qué

no lo hizo, y eso que insistí.

Tras recuperar mi bagaje me dio las buenas tardes y se alejó de mi vista en medio de una nube de humo negro que salía del tubo de escape de su taxi. Tristeza, desolación y lágrimas eran lo que se respiraba en el ambiente de casa. Mi madre y algunas de mis tías yacían en el suelo morado de la terraza llorando como magdalenas y, a su lado, el cadáver de mi padre permanecía firme dentro de un ataúd plateado revestido de una preciosa seda negra y rodeado de seis coloridas coronas de flores de plástico. En cuanto me vio mi madre alzó la cabeza, su mirada se quedó grabada en mi mente para siempre porque era la mirada de una mujer que había empezado a vivir cuando se enamoró de aquel señor que había muerto de una enfermedad que venía padeciendo a su lado, y que a pesar de haber sido como era, su ausencia era tan dolorosa para ella que no había nada que pudiera reemplazar el hueco que había dejado, ya que como es bien sabido, nunca se sabe el espacio que ocupa una persona en nuestro corazón hasta que

esta se va y lo deja vacío y, esa ausencia se nota para siempre.

INFIERNO



FIDEL CRISTÓBAL NZENG NSUE ADÁ
SEGUNDO PREMIO,
REGIÓN INSULAR//

INFIERNO

FIDEL CRISTÓBAL NZENG NSUE ADÁ

SEGUNDO PREMIO,

REGIÓN INSULAR

Todas las mañanas tomo la misma calle, caminando puedo sentir la brisa del mar y el sonido de las olas, el polvo alzándose en minuciosos torbellinos. Desconozco el entorno que me rodea, arrastro mis piernas para llegar a la hora indicada y, al hacerlo, lo primero que saco son las llaves para abrir la abacería; parece que es lo único que en estos momentos da sentido a mi vida, y entro. Antes de comenzar con la penosa rutina cojo la pluma y la coloco sobre la mesa antes de coger el portafolio en el interior del cajón. Lo abro y dentro alberga una larga carta y sobre ella escribo una extensa línea para culminar con la prosa que llevo redactando semanas atrás y explico minuciosamente las razones de mi suicidio.

Todo comenzó en una helada aurora, el viento bramaba mientras descendía los escalones de mi casa. Antes de vestir la chaqueta recibo la décima octava llamada. Llevaban toda la noche

acribillándome con las dichosas llamadas. Finalmente, respondo y la primera orden fue presentarme al cuartel de investigación. Arranco pues el auto dejando la taza atiborrada de café. La circulación en Malabo era igual de caótica como de costumbre pero aguanté hasta estacionar en el interior de «Guantánamo».

—Acuda a la sala privada —me susurra Senobua—, te están esperando.

Entro en la sala y todos están acojonados. Parece que se debe a los expedientes que llevan en las manos. Gabriel Ntutumu, mi jefe, me lanza una mirada partícipe y yo, como si de telepatía se tratase, intuyo que el caso es más que peligroso.

—Él es Fabrice Nguema, nuestra mejor opción, —me presenta con orgullo antes de lanzar los expedientes sobre la mesa— tómate tu tiempo.

Tras un corto periodo me parto de risa.

—¿En serio?

—Sí. Veinticuatro cuerpos exhumados en diferentes noches.

Las familias nunca encontraron los cuerpos, incluso se está transformando en una verdadera historia de horror. El pueblecito de Anvang se ha transformado en una tierra malévola —se sienta y suspira mientras recoloca la corbata—, y esto ha afectado el turismo de su distrito, Evinayong.

—Entonces, me quieres decir que una horda de brujos se dedica a robar los cuerpos desde el interior de los ataúdes. Perdonadme señores, pero esto sale de mi jurisdicción.

—Siéntate, —alzó su voz—, Kong. Una práctica cultural que reside en todos los pueblos fang, si estamos en lo cierto, capturaríamos a la mayor red de traficantes de personas que hay en todo el país y las familias podrán descansar sabiendo que sus seres queridos están enterrados y no sirviendo como cobayas, y al mismo tiempo seremos alabados por los medios y la población y es lo que «Guantánamo» necesita después de tanta corrupción.

Me quitaron el habla y, mientras reinaba la ausencia del eco en la sala, no pude evitar ver las fotografías de las víctimas. En

lo más profundo de mi alma me convenció una voz, quizá era la consciencia o la llamada de Dios (cosa imposible porque era escéptico) y no acababa de creer que yo, un hombre de ciencia y de hechos lógicos terminaría en una mítica caza de brujas imaginarias.

Estuve relajado durante el viaje. Había afeitado la barba para mostrar otra imagen ante los pueblerinos. Senobua formaba parte de mi equipo y por primera vez iba a ejercer como detective, bueno, ayudante del detective. Dirigió todas sus energías para el caso, quería destacar en un campo dominado por hombres, cosa que es normal siendo la primera mujer que alcanza ese rango. Nos recibió el jefe del cuartel militar del distrito y, rápidamente, partimos a ese poblado. El olor a campo, las mujeres con las cestas cargadas, los hombres que se adentran en el bosque para cazar, todo eso me era familiar aunque crecí en occidente. Descendimos del auto y el jefe de la patrulla nos mostró la casa donde nos alojaríamos. A unas millas de ahí estaba una mujer andrajosa, su rostro era pálido, cabellos despeinados y piel cubierta de carbón recogiendo las desparramadas ropas halladas

a su alrededor. Miré al noreste y había una abacería, a unos pasos de ella estaba un anciano sentado sobre una superficie polvorosa pidiendo limosna, a su lado tenía un cartel que decía «Dios termina aquí».

—Joder...lo siento, —dije tras quedarme asustado por la presencia de la señora de andrajos.

Su mirada estuvo clavada en mí y sus lágrimas florecieron. Siguió observándome y en unos instantes el ambiente se volvió incómodo y un tanto hostil. El jefe de la policía me cogió del brazo y la echó a chillidos.

—No se preocupe, es la loca del pueblo. Hace una década que falleció su esposo, pero ella insiste en que todavía sigue vivo.

—Entonces es una testigo...

—¿Testigo? —se mofó—, sería mucho pedir viniendo de una loca que nunca se casó. La historia solo vive en su cabeza. Nunca se vio el cuerpo y tampoco hubo funeral; pues nadie conocía a su amante.

—De acuerdo.

Escuchamos un alarido que procedía del interior de una casa. Acudimos al lugar y ahí estaba una mujer con su hijo adolescente muerto en sus brazos. Hacía un mes que había sido víctima de una brujería llamada Kong. Escruté el cuerpo en busca de marcas o algún indicio de asesinato, pero no hallé nada, solo quedaba esperar que el veneno hiciese efecto (esa fue mi segunda teoría). Si estaba en lo cierto se notarían los efectos secundarios y cambiaría la investigación por un asesino en serie. Pero, por segunda vez erré, lo confirmé por la noche al ver que el cuerpo no tenía ningún síntoma. Se alejaron los familiares y entre rumores pasamos el velorio. De repente, entró un señor con un cuchillo en las manos, por su brillo afirmaría que era nuevo.

—Familia —dijo en fang—, este niño fue cogido en Kong, sabéis lo que tenemos que hacer si no queremos que acabe trabajando para otros —y dejó al descubierto el cuchillo.

Su madre y otros personajes de refutable personalidad se negaron a clavar el puñal en el corazón del

chico. Tras un enfrentamiento y con nuestro apoyo decidieron ignorarlo y continuar con el velorio hasta el final. Pues pensaban enterrarle a las tres de la madrugada, algo insólito ante mis ojos porque estaba lloviendo. Y a quién se le ocurriría cargar un ataúd bajo lluvia. Mi papel era simplemente descifrar el misterio y no formar parte de él, por eso me limité a observar.

Nos dirigimos al cementerio, las hierbas fueron las presentadoras de aquella tierra santa. Algunos ancianos se adelantaron a toda prisa, miraban a su alrededor asegurándose de que no fuesen vistos. En sus manos llevaban algo parecido a una cajita, intenté alcanzarles pero les perdí de vista, era como si se hubieran esfumado. En el cementerio estaba una mujer canturreando a los dioses o a los fantasmas, no sé, no lo tenía claro. Abrieron el ataúd mientras ella cortaba el pescuezo de un gallo negro, bebió la sangre y la escupió sobre el mismo. «No descansarás hasta que lleves a la persona que te sacó de este mundo», dijo en fang y depositó el cuchillo a su lado. Fue enterrado y todos retornamos.

—No confíes en nadie, —me dijo la loca del pueblo cuando apareció repentinamente a mi lado, tenía la voz temblorosa—, todos ellos son lobos disfrazados de ovejas, el niño levantará... y no volveréis a verle.

La ignoré y fui a casa. Estaba harto de tanta locura en un solo día. Pero el sueño no duró, volvimos a escuchar gritos y rezos a Dios, eran unos curanderos que descendían al cementerio a toda velocidad. Senobua y yo nos adelantamos. El cuerpo había sido exhumado pero lo que me llamó la atención fue que el ataúd estaba vacío y abierto sin el cuerpo, pero sí, con el cuchillo.

Detuvimos a la loca para conseguir más información pero ella se mantuvo callada, parecía que el gato había comido su lengua. Tenía la mirada fija y las manos temblorosas, «quizá debería cambiar de método», pensé.

—Tú también lo sentiste —comenzó ella.

—No —proseguí atontado.

—Ya, como no crees en la

tradición ni en la brujería, ciega tu mente cerrando cualquier puerta a los conocimientos ancestrales y culturales.

Tal vez ella estaba en lo cierto. Si quería resolver este caso tenía que pensar como ellos y ver las cosas desde su perspectiva pero sin dejarme influenciar por su fanatismo. Entonces, la supliqué que me diera alguna pista: «Bajo la bóveda oscura aguarda un anciano que responderá a tus preguntas, encuéntrale y resolverás este enigma», culminó antes de abandonar el lugar.

Intrigado por el acertijo, solo anhelaba la noche para zarpar a la búsqueda de aquel anciano. Recorrimos el pueblo sin ningún hallazgo pero seguimos buscando. Pasaron las horas, estas se volvieron en días y los días en semanas.

Llevamos un mes en aquel poblado, cuando empezamos a pensar que quizá las muertes solo fueron una casualidad, ocurrió otra, una mujer de treinta años perdía la vida a causa de una enfermedad que venía padeciendo. Asistimos al velorio y este fue traumático para

todos, sobre todo para mí. Los familiares estaban convencidos de que volverían a por ella, así que le clavaron el puñal en la espalda, entre sus hombros. Vi cómo el fiambre suspiraba y el rostro se arrugaba a causa del dolor. El cuerpo fue relajándose hasta perder toda la actividad. Me sobresalté al instante y no podía creer lo que mis ojos habían visto. El cuerpo seguía con vida, ellos acabaron matándola. Me sentía culpable por dejarles cumplir sus extremas tradiciones pero, por otro lado, ¿cómo es que un fiambre reaccionaría ante el dolor?

Me aislé del resto mientras descendían cuesta abajo hacia el cementerio, mi mente daba vueltas y en mitad de aquel limbo vi a un anciano. Estaba parado de espaldas tarareando palabras imposibles de comprender, le saludé y él me correspondió. No supe cómo empezar a hablar de brujería porque no creía en ello; en seguida me lancé y parecía que él estaba esperando aquella charla. «¿Quieres averiguar qué pasa?», preguntó, asentí con la cabeza y él con la mirada me indicó que le siguiera.

—Las personas que son víctimas de Kong —habló después de un largo trayecto, estábamos en una curandería—, tienen algo en común, Evú, hechizo, llamáis en español; sin esto uno no puede ser atrapado en brujería, solo un brujo conoce a otro brujo y, si no crees en ella esta no surtirá efecto. Pero ahora, tienes que creer porque viajarás al mundo de los muertos en busca de respuestas.

Senté pues en medio de ellos, eran cuatro hombres y una mujer incluida; prepararon unas hierbas las cuales desconocía pero su nombre quedó grabado en mi mente, Eboga. Lo metieron en mi boca a alta temperatura. Al principio no sentí nada, pero más tarde perdí el control sobre mi cuerpo. Decían que rezara para abrir el camino, pero yo no tenía fe en Dios; así que, me aferré en lo único en que tenía fe, en mí mismo. Las imágenes eran confusas. Veía mi vida en una pantalla, rostros desconocidos, incluso vi a mi abuela cómo estuvo al lado de mi madre mientras daba a luz, era como si estuviera viendo el libro de mi vida pero con capítulos desconocidos. De pronto, aparecí en el cementerio, ahí estaba lloviendo y, aunque

no sentía las gotas, podía verlas. Desde lejos estacionó un auto con luces apagadas, de su interior salieron una horda de personas cubiertas con casacas oscuras que desenterraron el cuerpo. No logré ver qué hicieron con ello pero este comenzó a respirar. «Te hemos visto», dijeron todos al mirarme unísonamente. Se lanzaron para atacarme y así me desperté con un intenso bramido.

—¿Viste lo que fuiste a buscar? — me preguntaron.

—Creo que sí —observé el reloj y eran las cuatro de la madrugada—, ¿cuántas horas llevo durmiendo?

—Ocho horas. Es lo que pasa cuando comes por primera vez la planta de los dioses negros.

De prisa salí del lugar dirigiéndome al cementerio. Aquella droga parecida a la insulina me había revuelto los recuerdos, pero si los indios tenían su elixir para viajar al mundo astral y por qué iba a dudar de mi propia tradición. Me escondí entre los matorrales y por mucho que aterraba el cementerio no tuve miedo. Tras una eterna espera vi un auto, eran ellos, arrastraban

las casacas; y cuando me acerqué vi que cavaban llegando hasta el ataúd, pero todo cambió al darse cuenta que ella estaba muerta. «Es el momento, por fin cerraré el caso», pensé con la adrenalina que corría por mis venas. Alcé el arma y les ordené que no se movieran. Todos elevaron las manos cuando disparé al tobillo del primero que quiso fugarse. Saqué el móvil para marcar a Senobua y a las autoridades. Luego sentí un intenso golpe en la nuca y me caí al suelo, mientras perdía la consciencia vi un rostro y era la loca del pueblo.

El sonido electrizante me despertó. Estaba encerrado en una caja de acero pero podía ver a través de los barrotes, una anciana me sacó y me llevó ante quien parecía que era el titiritero de las marionetas. Llevaba una chaqueta con un vaso de vino en las manos y, para mi sorpresa, era aquel anciano de los carteles. Me hervía la sangre, sabía que no saldría con vida pero al menos descifraría toda la operación. Con un aura acogedora él caminaba a mi lado, mis ojos se deleitaban por las diferentes alcobas que se transformaban en salas experimentales. En la primera

estaban varios desconocidos cultivando plantas; al principio creí que era marihuana, pero, la marihuana no posee un color carmesí. El segundo cuarto era experimental, ahí trabajaban con un líquido oscuro bastante complejo y, finalmente, el último cuarto era una especie de hipnotismo y la gente que lo albergaba parecía sugestionada.

—Te haré un resumen—el anciano rompió el silencio al llegar al corazón de todos, nos rodearon el resto de súbditos—, somos la mayor red de tráfico de personas, tenemos ojos por todas partes incluso en el gobierno. Ellos, como tú, hacen el trabajo técnico: nuevas identidades, desvío a las autoridades y la venta de personas. Los guineanos ya no creen en la brujería. Da igual porque esta convenció al mundo de su inexistencia, y es lo que tienen en común... la brujería, y el diablo.

—¿Cómo lo hacéis?

—Higuera del diablo, una planta originaria de África que a día de hoy está por todo el mundo y en manos de la brujería blanca (ciencia). Contiene una sustancia

tóxica en sus semillas. Una semilla puede matar a un niño y cinco a un adulto. Usamos la dosis adecuada para hacer que fallen sus órganos, pero sin ocasionar la muerte —sonrió—, y les inducimos en un coma, siguen vivos pero es imposible notarlos, y necesitamos a alguien cercano que pueda inyectarle el antídoto después de seis horas, de lo contrario morirá tras hacerlo en el velorio. Cuando lo entierran nosotros vamos a por el cuerpo, lo reanimamos y luego continuamos con el proceso de readaptación, con el Eboga. Le inducimos en una constante sugestión hasta tal punto que sus recuerdos se ven afectados y no puede distinguir la realidad. Pero la brujería blanca también tiene soluciones para casos psicológicos y, por esa razón, velamos que ellos nunca acaben en un psiquiatra. Después de reescribir su cerebro les vendemos al mejor postor como criada, prostituta, chofer, comerciante, etc., —un hombre le entrega una cerbatana (flecha de boca)— este es el arma ancestral con el que cogemos las personas en Kong, bastante pequeño y estrecho. En él introducimos agujillas que untamos con el veneno y lo disparamos soplando con fuerza.

Me helé bastante. Apenas pude articular... ¿era un hecho que demuestra la existencia de la brujería? No estaba seguro porque los hechos no dejan cabida a la duda, y todavía seguía teniéndola. Me sometieron a un lavado de cerebro para coaccionarme y apenas recuerdo cómo llegué a Annobón. Ahora estoy siendo custodiado por un jefe al que no conozco pero que me tiene vigilado las veinticuatro horas. Camino todas las mañanas para vender los productos de la abacería y no puedo hablar porque me falta la lengua.

Pasar el resto de mis días vendiendo en una abacería y sin poder articular, eso no es vida sino suicidio lento. Pero antes de marchitarme pienso ponerle fin a este sufrimiento, y bajo esta cálida luz del astro dorado redacto mis últimos acontecimientos.

CALLEJON SIN SALIDA

LEON SIDJUI TIENTCHEU
TERCER PREMIO,
REGIÓN INSULAR//



CALLEJÓN SIN SALIDA
LEON SIDJUI TIENTCHEU
TERCER PREMIO,
REGIÓN INSULAR

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra forma y, sin embargo, sucedieron así. Mussunguedi desde el fondo de sus veinticuatro años lamentaba el curso de los acontecimientos pero no quería aceptarlo como una realidad inevitable y fatal. Durante varios años él y su madre, doña Kwedi Assoumou, trabajaron sin descanso para prepararle un futuro prometedor y, todo ello, sin pensar en un acontecimiento imprevisible e inesperado que pudiera cambiar el rumbo de su destino.

Doña kwedi Assoumou era una mujer virtuosa y trabajadora, desde que murió su marido, don Ndedi Essengue, de una hepatitis mal curada según el informe médico, había consagrado la totalidad de su tiempo criando y educando a su hijo. Muy joven quedó viuda tras la muerte de su difunto, además, desafortunadamente, quedó con el vientre seco, es decir, sin ninguna posibilidad de volver a

dar a luz a causa de un accidente de coche que sufrió un domingo por la mañana saliendo de misa. Eso decían sus vecinas, unas parlanchinas que pasaban todo el tiempo comentando todo lo que pasaba en el barrio.

Desde aquel día se comprometió a hacer todo lo posible para que su hijo no terminara como los demás jóvenes del barrio que pasaban todo el rato bebiendo y fumando en las discotecas. Después de graduarse en la universidad no entendía por qué le era tan difícil conseguir un puesto de trabajo. Con la crisis y la dificultad de conseguir un puesto de trabajo, su madre había logrado convencer a un vecino de profesión mecánico para que esté llevando a Mussunguedi al taller como ayudante.

Durante más de cuatro meses el chico trabajó en ese taller y su madre luchando día a día para ayudarle a cumplir la promesa que hizo a su padre, que según ella seguía desde el cielo velando por los dos. Un sábado de esos, por la tarde, llevó a su hijo a cortarse el pelo crespo que tenía desde hacía dos semanas y

hacerle fotos de tamaño carnet. Mussunguedi no entendió absolutamente nada, tampoco ella le dio explicaciones.

Durante una de aquellas tardes lluviosas de verano y saliendo de trabajar intensamente, el joven se echó a descansar en un viejo sofá rojo que su padre había dejado en el patio principal de la casa donde vinieron a vivir en la capital. Estaba vestido con un pantalón corto muy sucio, una camiseta negra y un sombrero azul, intentando en ese sofá hallar un poco de tranquilidad después de un día con tanto ruido y gritos de motores y máquinas. En silencio empezó a recordar los pocos momentos de felicidad que pasó con sus compañeros en la universidad. Solo habían pasado siete meses desde que se graduó y eso le parecía ya una eternidad. A veces se preguntaba por qué la vida se atrevía a hacerle sufrir de esta forma y por qué no podía tener como los demás un buen trabajo y un salario digno tras sus estudios. «¿Por qué estudié tanto si el resultado final era un puesto de ayudante en un taller mecánico?», se preguntaba.

Eran aproximadamente las seis y media de la tarde y el sol se estaba despidiendo. Perdido en su reflexión con tantas preguntas escuchó desde lejos el ruido de unos pasos de alguien que se acercaba a él. Cuando abrió los ojos y levantó la cabeza vio que era su madre, una mujer negra de estatura media con un físico impresionante que podía pesar unos cien kilogramos. Tenía una cara brillante y una mirada tiesa y pálida, llena de marcas de golpes que había recibido de la vida y que a pesar de ello no se había rendido ni perdido la fe. Cuando se acercó, Mussunguedi vio que tenía en la mano izquierda un plato de comida y en la derecha un sobre blanco que le llamó la atención. Eran casi las siete de la tarde, entró doña Kwedi en el comedor de la casa y encendió la única bombilla que alumbraba el patio principal. Luego trajo de la cocina una silla de bambú como si se preparara a tener una larga conversación con su hijo. Este gesto era poco habitual ya que siempre pasaba su tiempo en su habitación contando un largo rosario que compró de un turista español que estuvo de vacaciones en el país hacía diez años.

Le entregó el plato de comida y murmuraba a su oído diciendo: «Tengo una sorpresa para ti pero hay que terminar primero tu comida». Cuando este escuchó estas palabras se puso a comer como un soldado. Luego abrió el sobre, la sorpresa del joven fue mayúscula, un pasaporte con un visado para viajar al extranjero. No se lo creía, iba a realizar su sueño, ayudar a su madre y ser alguien importante. Al echar una mirada al pasaporte y el visado, dio un fuerte abrazo a su madre con tantas emociones. Los dos se rompieron a llorar, esta vez no eran lágrimas de dolor ni de desesperación como era de costumbre, eran lágrimas de emoción y satisfacción. Todos estos esfuerzos, estos sacrificios iban a servir para algo, viajar al extranjero y sacar a su madre de la miseria. Durante aquella noche lo celebraron hasta las primeras horas de la madrugada.

A Mussunguedi solo le quedaban tres semanas para preparar y organizar su viaje. Entre emoción y miedo, no sabía exactamente qué hacer y pasaba largas horas con su madre orando y recibiendo

consejos para la nueva aventura que dentro de poco iba a emprender.

El tiempo fue pasando y los días con él. Mussunguedi muy ansioso pasaba los últimos días despidiéndose de los pocos amigos y familiares que tenía y preparando su maleta que controlaba cada día para ver si no le quedaba algo.

La noche anterior al día de su viaje fue larga y muy especial; pues, la pasó con su madre que le daba los últimos consejos y bendiciones como si fuera un soldado que va a una batalla. La mujer recordó a su hijo todas las dificultades que habían tenido y las deudas que había contraído para preparar su viaje. Por fin llegó el día del viaje y, con lágrimas y emociones, ella le acompañó hasta el aeropuerto. Ahí los dos se abrazaron y se dieron los últimos besos y, su madre, desde la sala de espera vio el avión desaparecer poco a poco en el cielo nuboso rumbo hacia un mundo desconocido.

Dos años habían pasado desde que Mussunguedi se fue y solo en pocas ocasiones pudo

llamar y hablar con su madre que entre inquietud y llanto le dejó marcharse. Ella se había endeudado en casi todos los comercios y asociaciones del barrio para preparar el viaje de su hijo y esperaba su éxito para devolver estas deudas y, por consiguiente, salir de la miseria.

Las cosas no ocurrieron como lo pensaba. Desde su llegada todo volvió difícil debido a la crisis económica en la que se había sumergido el país de sus sueños; la mayor parte de las empresas estaban cerradas, la administración pública y privada ya no reclutaban. Todo estaba paralizado y a pesar de ello seguía el alquiler muy caro y alimentarse bien era muy difícil. En el centro privado donde trabajaba como sereno, gracias a la ayuda de un conocido, se le había despachado por reducción del personal según le informó el Director del centro cuando le entregaba la carta de despido.

Desanimado y molesto por esta situación, pensó seguir luchando y lo hizo durante tres años, pero nada había cambiado. Pensó luego volver a su país, a su tierra para encontrarse de nuevo con

su madre que mucho extrañaba pero, era imposible. ¿Cómo volvería después de tantos años sin nada en el bolsillo? ¿Qué explicación daría a su madre y cómo pagaría ella esas deudas que contrajo para su viaje? ¿Cómo se sentiría su madre ante las burlas e insultos que recibiría de algunos amigos suyos y de sus vecinas?

Su regreso, en este caso, sería un fracaso, un deshonor y una vergüenza para ella, y eso no lo soportaría él tampoco. Ante esta situación difícil y caótica estuvo como atrapado entre la espada y la pared y sentía como si le faltara aire para respirar. Quería seguir pero no le quedaba ningún apoyo y estaba cansado de luchar. Muy lejos de sus raíces, de sus amigos, de su madre y sin nada en el bolsillo. Pasaba todos los días en un bar no muy lejos de su habitación, una especie de casa de tabla construida con maderas recicladas en una carpintería del barrio. Desde la fachada principal, se notaba la precariedad en la que vivía el joven Mussunguedi.

Desde que le despidieron del colegio no había vuelto a tener

otro trabajo ni había vuelto a llamar a su pobre madre y perdió su contacto durante tres años y medio. El chico había vendido todo lo que compró a su llegada para su habitación: su cama, su armario, su televisión, su espejo, hasta sus sábanas y algunos pares de zapatos. Solo le quedaba el viejo colchón que compró a su llegada, dos pantalones y una camiseta que le ofreció un amigo viéndole en esa situación. Tenía ya la panza hinchada como la de una mujer embarazada. Con el poco dinero que sacó de esta venta pasaba sus interminables días bebiendo y discutiendo con los clientes que iban y venían a ese bar y, a veces, entre peleas de algunos borrachos que sin entenderse, se golpeaban mientras otros recitaban un largo rosario de sus dificultades. Lo cierto es que él dejó de luchar como todos los borrachos que venían a ese bar y decidió rendirse y no esforzarse más. Dio así la espalda a la vida y a todos los esfuerzos de su madre. Por solidaridad masculina, como era siempre el caso en los bares, nunca faltaba alguien para ofrecerle un vaso de whisky, de vino tinto, una botella de cerveza... y de esa

forma pasaba a desahogar sus penas.

Así fue todos los días hasta que poco a poco se fue olvidando de todo y de todos: de su vida, de sus estudios, de sus amigos, de los consejos de su madre y, sobre todo, de las deudas que su madre contrajo. La pobre pasó casi cuatro años sin volver a saber nada de él y, después de tantos años con más de cinco convocatorias en la policía para responder al caso de las deudas, se quedó paralizada y ya no tenía más fuerzas para trabajar. Mussunguedi por su parte ni se había enterado y ya pernoctaba en los bares con algunos borrachos del barrio.

Una de esas tardes se produjo una pelea en aquel bar y salió herido. Un corte en la mano, nada grave. La dueña del bar le puso el alcohol para desinfectar la herida. Después de todo eso se fue a tomar un baño, algo que hacía raras veces. Cuando terminó se fue a sentar en las escaleras de un vecino, un viejo rico que trabajaba en una embajada y siempre estaba de viaje. Sentado ahí durante varios minutos recuperó la

memoria y se puso a pensar en lo que era, en lo que fue su vida antes de esta aventura, en lo que habría sido su vida al lado de su madre, en su país y en sus amigos. No pudo contenerse y rompió a llorar. Volver a su país ya era tarde, muy tarde. Más de seis años habían pasado. Estaba como perdido, adicto y condenado al alcohol. No le sirvieron ni los cuatro años en la universidad, ni los consejos de su madre para ser alguien importante. ¡Qué destino fatal le había reservado la vida! ¿No? El viaje que iba a cambiar su vida se había convertido en su peor experiencia.

Sentado en estas escaleras, por primera vez, se daba cuenta de que era un fracaso y había tocado fondo, un fondo muy profundo, un fondo sin final. Perdido en un país lejano con el organismo medio lleno de alcohol, echaba una mirada al vacío y se daba cuenta de que en esta situación no le quedaba ninguna vía de salvación, ninguna puerta de salida. Era su destino y debía aceptarlo. Una caída en un pozo sin fondo, un laberinto sin salida principal ni salida de emergencia, un

verdadero callejón sin salida.



Cooperación
Española
CULTURA

BATA
MALABO



V CONCURSO DE RELATO CORTO
GUINEA ESCRIBE



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACIÓN



aedid



Cooperación
Española

